

## NUESTRO HOMBRE

Nuestro hombre es un ciudadano americano que ocupa un alto cargo en el gobierno, casado y padre de una familia joven, que opina que la monogamia rara vez ha sido el acicate en la vida de un gran hombre. Siempre ha tenido mujeres –numerosas mujeres, consecutiva y simultáneamente, entre ellas amigas de la familia, herederas, figuras mundanas, modelos, actrices, amistades profesionales, esposas de colegas, golfillas y prostitutas–, a raíz del descubrimiento juvenil de que a él le gustaban las mujeres y a ellas les gustaba él.

Sólo en las aventuras más duraderas surgió la cuestión del matrimonio; no se la tomó en serio hasta que sus ambiciones políticas empezaron a aspirar a un alto cargo, y entonces muchos colegas le aseguraron que un buen matrimonio no sólo era una ventaja, sino una necesidad. Un político tiene que mantenerse públicamente fiel a los principios y causas que decide abrazar; que sea fiel o no a su mujer es harina de otro costal.

Hace siete años, a los treinta y seis, se casó con una belleza joven, doce años menor que él. Nuestro hombre no admitirá que ha violado sus votos matrimoniales. Ante

Dios, decidió que no sería un obstáculo la imposibilidad de hacer promesas basadas en la permanencia del amor, cuando cualquiera con dos dedos de frente sabe que es absurdo garantizar el mismo estado de ánimo a lo largo de veinte o incluso treinta años. Prometer es un mero trámite, al igual que aparentar que se cumple la promesa.

La esposa se convenció a sí misma de que la institución del matrimonio obraría como una varita mágica sobre la libido católica de su marido. Por supuesto, en los primeros tiempos él la encauzaba en gran parte hacia ella. Se niega a culparse de la falsa suposición de la esposa. A ella le atrajo un hombre que tenía una cohorte de mujeres. Si hubiera querido a alguien que no despertara pasiones, se habría casado con otro; hay mucho donde elegir.

Cuando él ve a una mujer hermosa, quiere hacer el amor con ella. Es un deseo natural, físico, que ha sentido desde la juventud. Si el matrimonio hubiese aplacado este impulso, nadie habría sido más feliz que él... exceptuando, naturalmente, a su mujer.

Ya casado, obviamente nuestro hombre tuvo que volverse más discreto. Siempre negaba cualquier fechoría, salvo a cómplices cruciales. El trabajo le absorbía por las noches y los fines de semana y, durante muchos meses de esta fase inicial del matrimonio, hizo creer a su mujer que estaba ausente en compañía de otros hombres o trabajando con mujeres presentes por pura coincidencia. Andando el tiempo, sus desmentidos verosímiles ya no disipaban las sospechas de la cónyuge. El tiempo que él pasaba fuera de casa y sus compromisos sociales rodeado de mujeres atractivas eran oportunidades de fornicar, pero sólo en la medida en que él conservaba el apetito necesario. La revelación vino más por lo que ella veía con sus propios ojos que por lo que

él hacía a sus espaldas: miradas furtivas, apretones de manos prolongados y cambios imperceptibles en su foco de atención cuando contaba una anécdota. Por más enérgicamente que lo negase, prevalecía la intuición de que su interés sexual por otras mujeres no había desaparecido.

Con el paso del tiempo, siguió persuadido de que su mujer era una elección excelente, de la cual sin duda no se arrepentía, salvo por el hecho de que ella no se adaptaba a la necesidad que él tenía de una vida personal independiente; así que adoptó la estrategia de recordarle continuamente a ella la posición que ocupaba. Le otorga a su mujer la prioridad en todo, y el lugar que ella ocupa en su vida y en su corazón es estable y único. No es de extrañar, quizá, que estos argumentos no zanjen el problema.

Llevaban tres años casados cuando ella dio a luz a una hija muerta, nacida prematuramente, mientras él estaba de vacaciones en el Mediterráneo. Hubo noches locas en el yate, y él tuvo relaciones sexuales con un total de cuatro mujeres, una de las cuales navegó durante un tiempo con la comitiva y pasó a ser amante ocasional. Él se resistía a volver a casa, porque se lo estaba pasando en grande y la amante era una rubia despampanante, pero hizo el sacrificio por el bien del matrimonio.

No obstante, la afligida esposa amenazó con divorciarse. Estuvo enfadada y ofendida tanto tiempo que él pensó que la fatiga de negar una y otra vez acabaría consumiéndole. Por suerte, nuestro hombre tiene la certeza de que su mujer no ha obtenido pruebas irrefutables de su adulterio. La inquebrantable determinación del marido de proteger su intimidad ha permitido que prime el amor conyugal.

El ginecólogo les aconsejó que, por el bienestar de la mujer, concibieran de nuevo lo más pronto posible. Ambos

cónyuges comparten la voluntad de recuperarse. A los dos les ha sonreído la fortuna en la vida y no deben quejarse de infortunio; hay que vencer los obstáculos y soportar sin quejarse las tragedias. Por tanto, era imperativo soslayar el rencor, aunque hubieron de transcurrir algunos meses para que la vida personal independiente del marido volviera a ser objeto de análisis racional. Para entonces su mujer estaba embarazada de nuevo, y ahora no sólo tienen una hija preciosa de tres años, sino que ella está esperando otro hijo.

La paternidad es la gran bendición que le ha deparado el matrimonio. Valora la compañía estable de una esposa y también las ventajas sociales y profesionales de tener una consorte y una anfitriona, pero el centro afectivo de su vida lo constituye su hija. Se podría aducir que el matrimonio ofrece un cauce para que este tipo de hombres engendre hijos responsablemente. Los reyes dejaban a sus bastardos desperdigados por sus tierras y les negaban la protección paterna, del mismo modo que hombres ordinarios de carácter débil se alejan de la vida de su prole por motivos egoístas.

Nuestro hombre se propone dar a sus hijos el hogar seguro y afectuoso que sólo un matrimonio ofrece. Para ello recapitula su propia experiencia: su padre viajaba mucho, como cabe esperar de un importante y próspero empresario y político, y en su juventud descubrió que distaba mucho de ser un marido fiel. La madre, en cambio, parecía completamente leal; de hecho, respetaba devotamente sus promesas conyugales. Pero no era una madre pródiga en muestras de cariño: cuando él era un niño, y a menudo estaba enfermo, ella hacía periódicos viajes motivados por sus propios intereses privados y él pasaba semanas sin verla. Al reflexionar brevemente sobre su infancia, concluye que sus padres no se distinguían por la fidelidad mutua.

El padre de su mujer también era un mujeriego. Era un engorro público para la suegra de nuestro hombre, y se divorciaron. Los padres de nuestro hombre siguieron casados. Sin embargo, la madre se negó a mantener relaciones sexuales con el padre en cuanto dio a luz al hijo más pequeño; la amante del padre cumplía una función de sustituta, aunque nuestro hombre nunca tuvo la impresión de que él hubiera tenido muchos escrúpulos para adoptar esta conducta. En cambio, la mujer de nuestro hombre no se niega a mantener relaciones sexuales con él; si eso fuera suficiente para satisfacerle, la vida sería sencilla.

Prácticamente todos los hombres poseen el impulso sexual, esencial para la perpetuación de la especie, aunque lo poseen en mayor o menor grado, y en algunos casos el instinto no se dirige hacia el modelo convencional de belleza femenina, o hacia las hembras mismas. Nuestro hombre no cree que estos individuos sean moralmente anormales. Experimentan deseos generados por sus hormonas corporales. Todos nosotros tenemos que adoptar un criterio moral sobre las repercusiones de satisfacer nuestros deseos naturales, y él, en el pasado, solía reflexionar sobre su propio caso. Es reacio a aplicar los términos «enfermedad» o «patología» a su comportamiento, porque cree que su libido encaja dentro de las variantes normales y no es anormal en absoluto, como sería, por ejemplo, una atracción sexual por los niños o los animales. Las reflexiones pretéritas sólo reafirmaron su convicción de que no debe recriminarse por las relaciones sexuales promiscuas con adultas que consienten, aparte de su esposa. Ya no examina su conducta y actúa con la conciencia limpia.

Refuerza este punto de vista su observación de que un deseo constante de mujeres parece tan natural como normal. No es un animal abrumado por un apremio bestial. No des-

garra la ropa del cuerpo de una mujer y la viola en público. Le pregunta cosas sobre sí misma. Se esfuerza en interesarla o divertirla. Cuando decide que hay una posibilidad de atracción mutua, emplea métodos directos pero delicados de proponerle sexo.

Esto no quiere decir que no haya ejercitado nunca la contención. Ha codiciado a mujeres que ya estaban ocupadas por otro hombre al que él apreciaba, respetaba o temía, o que eran confidentes de su mujer, o con las que sólo se había topado estando con su mujer. En estos casos se recluye en la desdicha de la continencia.

Hay que entender que su compulsión es más compleja que una simple liberación sexual. Obtiene una mayor satisfacción de la seducción y conquista de una mujer nueva y deseable que de la actividad sexual con su mujer, conocida y deseable. No se trata siquiera del acto sexual en sí: la mayoría de las veces no se comporta con sus compañeras extramaritales de un modo distinto de como lo hace con su esposa y, en general, ellas no muestran una presteza o aptitud mucho más grandes que ella (o, la verdad, tampoco mucho menores), ni la intimidad del «amor» hace la experiencia física más (o menos) placentera para él. La más intensa excitación sexual es la novedad: la novedad de la amante. Compara la vivencia con el acto de desenvolver un regalo. La expectación te deja sin aliento.

La esposa teme que su círculo social deduzca que ella no le excita sexualmente. Imaginemos una situación: ella tiene una ginebra en la mano, los ojos le arden de cólera y le grita al marido: «¡Más vale que sea preciosa», antes de salir corriendo de la habitación. Él nunca la ha instado a que aclare esta frase. La conclusión a la que ha llegado, y que forma la base de la primera regla del adulterio, es que a

ella le aliviaría saber que una amante era tan guapa que cualquier marido, por cariñoso que fuera, sentiría la tentación de ser infiel. ¿Cuántos casados rechazarían la oportunidad de acostarse con una beldad tan maravillosa si estuviesen seguros de su impunidad? La frase también refleja la importancia que su esposa otorga, incluso en la traición, a cuestiones de gusto.

Cuando ella sospecha sus devaneos, él acorta adrede el tiempo que la aventura podría haber durado. Aunque siempre negará la acusación, su segunda regla de comportamiento consiste en que la cónyuge no se sentirá ofendida si cree que una novia particular es alguien con la que él sólo podría haber estado una vez. Cuanto más duradera sea una amante, tanto más pone en peligro la posición exclusiva que ocupa la esposa, que es una situación que los dos desaprueban.

Al cabo de largas negativas, o simplemente después de haberse negado a responder a las imputaciones, él concluirá que si cumple las dos primeras reglas, ella se consolará, aunque siga sospechando, pero subsiste la realidad tácita entre ambos: ella no tiene pruebas de sus engaños ni él tiene pruebas de que ella no las tiene. Nunca la herirá ni la perturbará reconociendo sus escarceos, no sólo a ella sino a nadie, lo que da paso a la tercera regla.

Cuando a la esposa la extenuaban los intentos de conseguir una confesión, decía: «Si yo pienso que hay algo, ¿quién más lo piensa?», o: «Si yo sé» (teniendo presente que no lo sabe con certeza), «¿quién más lo sabe?». Es insuficiente para ella no saber: *nadie* debe saberlo. En los viejos tiempos, él se conformaba con mujeres cuyo contacto con el trabajo, la familia o la mujer de nuestro hombre era lo más lejano posible. Cuanto menos supieran de él, mejor. Tenía muchas amigas fuera de la ciudad que sólo poseían una

vaga idea de su identidad, que no conocían a nadie que pudiera iniciar una cadena de chismes que le vincularan con su esposa. Aunque fuera sincero con la amiga, podía descartar la posibilidad de toparse con ella en un acto social al que asistiese acompañado de su esposa. Ésta era la regla del «nadie sabe», y nunca estaba más a salvo en sus correrías que cuando una amante le suponía soltero y sin hijos, apenas conocía su nombre y, por consiguiente, no sabía detalles reveladores que contar a terceros, pero ahora la nueva posición de nuestro hombre hace sumamente improbable que una mujer no esté al corriente de sus principales datos biográficos.

En consecuencia, por primera vez en su vida tiene que pensar en restringir sus aventuras sexuales, aunque se esfuerza en convencerse a sí mismo de que hay esperanza. Quizá en viajes al extranjero haya momentos de intimidad con una secretaria aquiescente, o en la campaña electoral con una antigua novia discreta. Pero las maquinaciones del adulterio pasan factura a la facultad de concentrarse. Si bien ve la perspectiva de la monogamia como vería una condena de cárcel, un hombre con su capacidad de recuperación debe admitir que quizá tenga que afrontar los años venideros con la serenidad de quien encara la reclusión, y encontrar cierto consuelo pensando en que se ahorrará las tensiones de la seducción, el coito y la ocultación en esas futuras circunstancias, sin duda más difíciles. Aunque está seguro de que en algún momento surgirá la tentación, no es en absoluto previsible su reacción.

En otros tiempos, nuestro hombre ha sido un experto ocultador, pero no es un mujeriego intrigante: no dice a sus amantes que su mujer no le comprende, o que le niega la satisfacción sexual, o que es desgraciado y se halla diaria-

mente al borde del suicidio porque se siente atrapado en un matrimonio sin amor del que sólo le rescataría la ternura servicial de otra mujer. Por el contrario, dice simplemente que tiene el mejor matrimonio posible para un hombre como él, pero la monogamia es totalmente inviable; necesita más sexo, más amplio, más rápido del que puede ofrecerle una misma mujer durante décadas, y a la que tiene delante y trata de seducir le dice que la ha elegido entre todas las asistentes a la cena, la fiesta o el mitin porque es la que le atrae sexualmente.

«*Altiora peto*», susurra. «Busco cosas más elevadas.» Pero no hay sitio en la seducción para la promesa de una relación duradera ni para la perspectiva de una amante oficial, de que se enamorará de ella y se divorciará de su mujer. Sin duda, todas las indicaciones deben manifiestamente apuntar en sentido contrario. Para consternación de nuestro hombre, sin embargo, a menudo esta mujer no soporta ver frustradas sus ilusiones de un idilio. Amenaza con contárselo a la esposa; puede amenazar con contar la historia a la prensa, pero a los periódicos no les interesa la vida privada de un personaje público.

Cuando nuestro hombre, en su cargo político anterior, tuvo una aventura con una ayudante, la beata casera de ella descubrió el asunto y envió un aluvión de cartas sobre el tema a la prensa, y hasta sacó una foto del adúltero saliendo del apartamento a media noche. La señora pensaba que la apariencia de marido y padre ejemplar era una impostura. La suya era la falacia simplista de la moral monogámica, pero los caballeros de la prensa no publicaron la noticia, mostrando una comprensión más refinada de que no hay una contradicción inherente entre amar a tu esposa y a tu hija y tener una amante.

Hacer el amor con Pamela, su ayudante, un par de no-

ches por semana no impidió a nuestro hombre dispensar un trato amoroso y tierno a su mujer y a su hija. De hecho, puesto que sus impulsos incontenibles hallaron un desahogo, su mujer y su hija se ahorraron el mal genio del macho frustrado, y desde luego la novia no sufrió lo más mínimo, aparte del inconveniente del traslado cuando juiciosamente se buscó otro piso y posteriormente él le tramitó otro puesto de trabajo (secretaria de Prensa de la esposa).

La aventura tuvo lugar en la época en que nuestro hombre y su cónyuge intentaban formar una familia, poco después de que se instalaran en su hogar de Georgetown. El sexo se redujo a un proceso médico; había que hacerlo, por así decirlo, más o menos como la extracción de una muela. En comparación, la experiencia de la lujuria satisfecha era muy vigorizante, aunque él abordó las sesiones terapéuticas con suma circunspección, pensando en el frágil estado emocional de su mujer, y consiguieron engendrar a su hija al final del año siguiente. Se la entregaron a nuestro hombre envuelta en una manta, y él acunó en la cabecera de la cama de la madre a aquella criatura diminuta que lloraba, más animal que humana.

Él había atravesado un ecuador invisible surcando un mar en calma y no sería consciente hasta que cambiase el rumbo: sólo entonces el viraje de la brújula le informaría de que estaba perdido. Rompió con Pamela y venció otras tentaciones. Temía la incertidumbre de cómo se tomaría su mujer, que ahora era madre y constituía el vértice del pequeño triángulo familiar, sus devaneos solitarios, y se preguntaba si el feliz cambio hacia la vida de familia la empujaría a adoptar una postura más conciliadora. A veces era como si una criatura que sólo sabía comunicarse llorando se hubiera adueñado de la vida de nuestro hombre. Y además estaba el bebé. Mal que bien se había acostumbrado a

las ocasiones en que las sospechas de la cónyuge desembocaban en una crisis de angustia e inseguridad, pero ahora temía que su hija se viera involucrada en aquellos melodramas. Pero era un temor inútil, porque al final estas inquietudes fueron más esclarecedoras para su mujer, que preveía que, si bien la necesidad de proteger y cuidar a la hija recaía en ambos, era ella la que en mayor medida había renunciado a su independencia. Tras el divorcio de sus padres, la madre se puso a buscar otro marido como único medio de restaurar la estabilidad doméstica para la vida de sus hijos. Ella, a lo sumo, se vería obligada a buscar en otra parte el confort y la seguridad que nuestro hombre le proporcionaba (amén de la posición social y la compañía), y cabía la posibilidad de que el hombre nuevo fuese un padre menos afectuoso para la niña y poseyera los mismos defectos que nuestro hombre, si no mayores.

Esta deducción no disipó totalmente los temores del marido. Se volvió inusualmente tenso y su mujer pensó que le estaba ocultando una recaída de la dolencia de espalda que tres años antes había exigido una importante intervención quirúrgica, que no sólo presagiaba la invalidez, sino el brusco final de sus ambiciones de obtener un cargo más elevado. Aunque la verdadera causa de su irritabilidad era la interrupción de sus actividades de mujeriego, la idea de perder la ocasión de saciar sus impulsos sexuales le producía la misma desesperación que si perdiera la facultad de caminar.

Aunque su hija le tenía cautivado, le amargaba que su vida se estuviera condensando en una matriz sofocante. La fidelidad le estaba convirtiendo en un padre y un marido peores que cuando perseguía faldas, hasta el punto de que temía volverse tan severo con su hija como su propia madre había sido con él, y en consecuencia, pocos meses después

del nacimiento de su hija, reanudó su habitual búsqueda de compañeras extraconyugales, y descubrió con inmenso alivio que podía continuar este hábito en las mismas condiciones que antes de que aquella naciera. Podía aportar una mayor constancia a la vida de su hija gracias a la libertad que suponía no ser una presencia continua en el hogar todas las noches y los fines de semana, y dar un mayor apoyo a su mujer porque ella ya no le inspiraba la hostilidad que uno siente hacia un carcelero. Las autoridades morales inventaron la monogamia y la paternidad para sublimar el impulso sexual masculino, pero en su caso el efecto es parecido al de presurizar un tanque de gasolina.

Hoy consideraría que la suya es una familia excepcionalmente feliz. La hija goza del amor de sus padres, la comodidad de un hogar seguro y la atención constante de un padre que la adora. Cuando se remonta a los primeros momentos en que la tuvo en brazos, comprende que lo que experimentaba era impotencia, en la forma de una represión de su libertad sexual, pero se ha repuesto: no ha rehuido sus responsabilidades familiares ni le ha destruido la lenta y agostadora amargura de la monogamia. Liberado del miedo y del rencor de hace tres años, está en condiciones de acoger la llegada del hijo siguiente.

Su mujer da a luz con tres semanas de adelanto. Habida cuenta de su historial obstétrico, los médicos evitan riesgos y provocan el nacimiento del bebé, un niño, mediante una cesárea de emergencia. Llamado John, como el padre, el hijo parece sano, pero como ha sido prematuro toman la precaución de colocarle en una incubadora. La madre sigue en el quirófano, el padre va detrás de los pediatras, al niño lo acuna una nodriza, y después el padre observa cómo lo precintan dentro de su cálido recipiente de cristal, donde se

retuerce y aúlla, un rosado estremecimiento de vida. Cuando nuestro hombre vuelve al lado de su mujer, los dos vierten lágrimas de alegría; las familias respectivas se reúnen y pronto el hospital está inundado de regalos de amigos, personalidades y dignatarios, juguetes y ropa para el recién nacido, ramos de flores para la madre.

Las visitas de nuestro hombre al hospital representan los primeros encuentros sociales normales desde las elecciones de dos semanas antes. Pocos meses atrás, habría parecido un hombre de cierta distinción, pero nadie habría sabido su nombre, aunque la cara le resultase conocida. Ahora la gente se comporta de una manera completamente distinta. Está nerviosa; se trabuca con las palabras; se ruboriza cuando él les mira; le parece que algunos se apartan para evitarle, y otros se escabullen hacia rincones para verle pasar rodeado de una falange de guardaespaldas con el pelo al rape.

Siente curiosidad por las mujeres, desde luego. Un año antes habría previsto alguna reacción. Ha llegado a apreciar su porte de macho alfa. Mide un poco más de uno ochenta, tiene una tez bronceada que denota una salud excelente y viste trajes muy entallados que resaltan su físico esbelto. La fortuna le ha favorecido con un cabello espeso, castaño claro, que contrasta con las cabezas canosas y las entradas de muchos hombres de su edad. No es una pose vanidosa, sino un hecho evidente que es físicamente atractivo para un hombre de su edad, y muchísimo más por el cargo que ocupa.

En otros tiempos, habría esperado que alguna enfermera le lanzase una mirada de admiración cuando él pasaba, o que sonriera si él la miraba, o incluso que coqueteara un poco si entablaba conversación con ella, pero ahora ninguna emite señales parecidas, sino que bajan los ojos como

servientas victorianas cuando tan sólo mira en dirección a ellas. Se ha abierto un abismo. Se ha vuelto remoto para las mujeres, es una figura austera con quien el sexo es inaccesible, y en los primeros encuentros de esta fase novísima de su carrera de mujeriego siente un profundo abatimiento, no sólo porque no hay un instante en que no le observen, sino porque se percata de que las enfermeras del Georgetown University Hospital representan sin duda a las mujeres de todo el país, y que ninguna, aparentemente, se atrevería a prescindir de la reverencia debida y acostarse con el recién electo presidente de los Estados Unidos.